

El Sumo Sacerdote

DÍA 4—EL MANTO

En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia. (ISAÍAS 61:10)

FORMATO SUGERIDO PARA EL TIEMPO DE ORACIÓN

Alabanza

- Dios, te alabamos por quien eres —eres justo puro y fuerte.
- Gracias porque estás dispuesto a darnos el manto de justicia de Cristo.
- Te alabamos que “el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre” (Isaías 32:17).

Confesión y reclamar Victoria sobre el pecado

- Señor, muéstranos los pecados que necesitamos confesarte.
- Perdónanos por los momentos cuando usamos nuestras propias túnicas de justicia en lugar de tomar el manto de justicia de Cristo.
- Perdónanos nuestra auto suficiencia.

Súplica e intercesión

- Señor, dirígenos en aceptar el manto de justicia de Cristo.
- Ayúdanos a darnos cuenta que “todas nuestras justicias son como trapo de inmundicia” (Isaías 64:6). Ayúdanos a ver nuestra propia justicia como tú la ves.
- Enséñanos a “huir también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz” (2 Timoteo 2:22).
- Enséñanos “a caminar no según la carne sino según el Espíritu” en orden de que “la justicia de la ley se cumpla en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Romanos 8:4).
- Cultiva en nosotros el fruto de la justicia.
- Protege a nuestros jóvenes de las tentaciones mundanales. Levanta sus ojos hacia Cristo.
- Padre, enséñanos a como compartir el Pan de vida con otros. Cuando estamos débiles danos tu fuerza. Cuando estamos temerosos, danos tu valentía.
- Oramos por un enfoque renovado en el estudio de Daniel, Apocalipsis y otras profecías. Por favor da a nuestros miembros de iglesia una sólida esperanza por el futuro y un claro entendimiento de la controversia entre Cristo y Satanás.
- Señor, enséñanos a cada día a estudiar tu Palabra por nosotros mismos. Inspira a más miembros a participar en “Creed en los profetas” al leer la Biblia y el espíritu de profecía juntos como una iglesia mundial.
- Ayuda a cada uno de nosotros a valorar y buscar la sabiduría inspirada dada a la iglesia a través de los escritos del espíritu de profecía. Que estos consejos nos dirija a profundizar en tu palabra, la Biblia.
- Señor, oramos por siete (o más) personas de nuestro listado de oración personal. Que el Espíritu Santo cambie sus corazones y sus mentes.
- También oramos por las necesidades personales de aquellos reunidos aquí.

Acción de gracias

- Señor, gracias porque a todo aquel que desea la justicia de Cristo puede tenerlo libremente.
- Gracias por la vida y muerte de Cristo que nos da acceso a tu justicia..

HIMNOS SUGERIDOS

Nuevo Himnario Adventista: “Fuente de la vida eterna” (#290); “Hay una fuente sin igual” (#286); “Fija tus ojos en Cristo” (#211); “Dejo el mundo” (#252)

Antiguo Himnario Adventista: “Todos los que tengan sed” (#291)

El Manto

En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia. (ISAÍAS 61:10)

El manto es símbolo de la justicia de Cristo que cubre nuestra desnudez cuando así lo aceptamos.

Todos los que se hayan revestido del manto de la justicia de Cristo subsistirán delante de él como escogidos fieles y veraces. Satanás no puede arrancarlos de la mano de Cristo. Cristo no dejará que una sola alma que con arrepentimiento y fe haya pedido su protección, caiga bajo el poder del enemigo. Su Palabra declara: “¿O forzaré alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz; si haga paz conmigo”. Isaías 27:5. La promesa hecha a Josué es hecha a todos: “Si guardares mi ordenanza... entre éstos que aquí están te daré lugar”. Zacarías 3:7. Los ángeles de Dios irán a cada lado de ellos, aun en este mundo, y ellos estarán al fin entre los ángeles que rodean el trono de Dios. (*Consejos para la iglesia*, p. 640)

Es la justicia de Cristo lo que hace que el pecador penitente sea aceptable ante Dios y lo que obra su justificación. No importa cuán pecaminosa haya sido su vida, si cree en Jesús como su Salvador personal, comparece delante de Dios con las vestiduras inmaculadas de la justicia imputada de Cristo. (*Fe y obras*, p. 110)

Y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe. (Filipenses 3:9)

El pecador que tan recientemente estaba muerto en transgresiones y pecados es vivificado por la fe en Cristo. Ve, mediante la fe, que Jesús es su Salvador, y, vivo por los siglos de los siglos, puede salvar “perpetuamente a [todos] los que por él se acercan a Dios”. En la expiación realizada en su favor el pecador ve tal anchura y longitud y altura y profundidad -ve tal plenitud de salvación, comprada a un costo tan infinito- que su alma se llena de loor y gratitud. Ve como en un espejo la gloria del Señor y es transformado en la misma imagen como por el Espíritu del Señor. Ve el manto de la justicia de Cristo, tejido en el telar del cielo, forjado por su obediencia e imputado al alma arrepentida mediante la fe en su nombre.

Cuando el pecador percibe los incomparables encantos de Jesús, el pecado deja de parecerle atractivo; porque contempla al Señalado entre diez mil, a Aquel que es enteramente codiciable. Verifica por experiencia personal el poder del Evangelio, cuya vastedad de designio es igualada únicamente por su preciosidad de propósito. (*Fe y obras*, p. 110, 111)

Mientras los hijos de Dios afligen sus almas delante de él, suplicando pureza de corazón, se da la orden: “Quitadle esas vestiduras viles”, y se pronuncian las alentadoras palabras: “Mira que he quitado de ti tu pecado, y te he hecho vestir de ropas de gala”. Se pone sobre los tentados, probados, pero fieles hijos de Dios, el manto sin mancha de la justicia de Cristo. El remanente despreciado queda vestido de gloriosos atavíos, que nunca han de ser ya contaminados por las corrupciones del mundo. Sus nombres permanecen en el libro de la vida del Cordero, registrados entre los fieles de todos los siglos. Han resistido los lazos del engañador; no han sido apartados de su lealtad por el rugido del dragón. Ahora están eternamente seguros de los designios del tentador. Sus pecados han sido transferidos al originador de ellos. (*Consejos para la iglesia*, p. 643)

Una fe común no es suficiente. Debemos vestir el manto de la justicia de Cristo, y llevarlo en forma abierta, valiente, decidida, exhibiendo a Cristo, sin esperar demasiado de los hombres finitos, sino puestos los ojos en Jesús y atraídos por las perfecciones de su carácter. Entonces, individualmente, manifestaremos el carácter de Jesús, y será evidente que somos vigorizados por la verdad; puesto que ella santifica el alma y mantiene cautivo cada pensamiento a la obediencia de Cristo. (*Reflejemos a Jesús*, p. 100)

Los que son verdaderamente justos y con sinceridad aman y temen a Dios, lucen el manto de la justicia de Cristo tanto en la prosperidad como en la adversidad. La abnegación, el sacrificio propio, la benevolencia, la bondad, el amor, la paciencia, la fortaleza y la confianza cristiana son los frutos cotidianos que llevan aquellos que están realmente vinculados con Dios. Sus actos pueden no ser publicados al mundo, pero ellos están luchando todos los días contra el mal, ganando preciosas victorias contra la tentación y el error. (*La maravillosa gracia de Dios*, p. 31)

Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados. (1 Pedro 2:24)

Cada uno tendrá una lucha muy cercana para vencer el pecado en su propio corazón. Esto es a veces un trabajo doloroso y desalentador porque, mientras vemos las deformidades de nuestro propio carácter, seguimos mirándolas cuando debemos mirar a Jesús y ponernos su manto de justicia. Cada uno de aquellos que entraran por las puertas de perla de la ciudad de Dios entrará como un conquistador y su mayor conquista será la conquista del yo. (*God's Amazing Grace*, p. 31)

Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre. (Salmos 23:3)